

LUISA MAXIMILIANA DE STOLBERG,
PRINCESA ESTUARDO Y CONDESA DE ALBANY.

Sucede con el corazón como con el
cielo: que cuantos más ángeles, hay más
sitios.

(FEDERICA BREMER.)

I.

Reía la blanca aurora de un día de primavera en el palacio y los jardines del príncipe de Stolberg Geldern, cerca de Mons, distrito de Hainaut, en Bélgica, cuando una joven, vestida con un peinador blanco guarnecido de encajes, bajaba lentamente una escalinata de mármol que conducía al parque de dicho palacio, desde su suntuoso interior.

Aquella joven parecía tener cerca de veinte años, y aunque estaba dotada de una belleza angelical, llamaba la atención, sobre todo, por la gracia y elegancia de su figura y la distinción y encanto de sus maneras.

Oigamos lo que dice de ella el gran Alfieri en una carta á un amigo suyo:

«Sus ojos negros, llenos de fuego y de la más dulce expresión, una tez blanquísima, y el cabello

del rubio más hermoso, daban á su belleza tanta brillantez, que era muy difícil desprenderse de ella.»

No exageraba el inmortal poeta la belleza de Luisa Maximiliana de Stolberg, pues no es otra la joven que presento á mis lectores, bajando á los jardines del palacio de su padre.

Era de mediana estatura, esbelta y delicada como una palma: su nariz perfecta, su boquita rosada, y su graciosa frente, coronada de una poblada cabellera dorada, formaban el conjunto más seductor, completado por la nobleza de su porte y de su flexible talle.

Luisa llegó al jardín, que era muy hermoso: corría entonces el año de 1772, y aun no se había introducido en los jardines el fastuoso lujo de nuestros días: la naturaleza lucía más sus galas y en cambio el arte no había adelantado tanto: no había boj recortado, montañas artificiales, ni árboles enanos; pero la frondosa y rica vegetación de Bélgica hacía brotar césped por doquiera, y por todas partes se veían flores, corpulentas encinas, esbeltos álamos y frescas cañadas.

Luisa se sentó en un banco de piedra, cuyo respaldo le formaba un frondoso jazmín, y sus lindas facciones se dilataron con una sensación de bienestar y de gozo imposible de describir.

La hija del príncipe de Stolberg-Geldern había nacido en aquel palacio en el año de 1752, y su

infancia y su adolescencia habían corrido puras y apacibles, pero tristes, en aquellos jardines, único mundo que conocía: había perdido á su madre, cuando aun se hallaba en la cuna, y su vida se había deslizado solitaria y sin más goces que correr tras de las mariposas, seguida de su lebreja Mirza, hermoso animal que casi nunca la abandonaba.

Permaneció la joven un rato sentada, y como sumergida en una meditación deliciosa: luego, como si necesitase hablar en voz alta para desahogar su corazón, henchido de algún sentimiento muy profundo, exclamó levantándose y tendiendo sus miradas por el jardín:

—¡Oh, qué hermoso día se presenta! ¡Jamás me ha parecido tan bello este jardín, tan aromadas sus flores, ni tan sonoro el rumor de su fuentes! ¡Cuán bueno, cuán dulce es amar! ¡Cómo dilata el alma! ¡Cómo ensancha los horizontes del pensamiento! ¡Ah, Carlos! ¡Cuanto te agradezco que me hayas enseñado á vivir, al hacerme comprender todo lo hermoso, todo lo radiante que existe en el amor mutuo é intensamente sentido!

Calló Luisa: escapáronse de sus ojos algunas lágrimas que corrieron por sus blancas mejillas, y juntó sus manos sobre el corazón como para contener sus latidos.

De repente, algunos ladridos suaves y quejumbrosos la sacaron de su distracción: volviése sorprendida, y vió bajar corriendo por la escalinata

de mármol á su perra Mirza, seguida del príncipe de Stolberg.

Un vivo rubor vistió las facciones de Luisa; mas haciendo un esfuerzo, pudo, serena al parecer, salir al encuentro de su padre.

II.

Era el príncipe de Stolberg un anciano que pasaba de los sesenta años, de figura benévola y simpática y nobles facciones.

Acercóse á su hija, la abrazó amorosamente, después la hizo sentar en el banco de piedra que antes había ocupado, y se colocó junto á ella.

—Buenos días, hija mía—dijo el príncipe, estrechando en las suyas una mano de Luisa.—He querido verte para hablar un rato contigo con formalidad, y, sobre todo, con franqueza.

—¡Padre!...—murmuró la joven con un tono de afectuoso reproche.

—Déjame hablar, Luisa: luégo contestarás á lo que yo te diga—repuso el príncipe con triste gravedad.

—Ya os escucho, padre mío—repuso la joven con sumisión.

El anciano prosiguió, después de un penoso es-

fuerzo para serenar su voz conmovida por la emoción:

—Vas á casarte, hija mía: hoy dejarás este techo, en que tu vida ha corrido feliz y tranquila, y bajo el cual todos te amábamos con la mayor ternura: y al empezar el último día que has de pasar á mi lado, debo decirte los recelos que abrigo acerca de tu porvenir.

—¡Recelos, padre mío!—exclamó Luisa con tono de reconvención.

—Sí, hija mía, recelos muy tristes, y... ¡quiera Dios que no sean fundados! Luisa—continuó el anciano—temo que el príncipe Carlos no sepa hacer-te feliz.

—Pero ¿por qué, padre mío?

—¡Es ambicioso, inconstante, aturdido: se deja llevar siempre de la primera impresión: te vió dos meses hace pasando á caballo por delante de este palacio: se enamoró ciegamente de ti... pero sólo de tu belleza, hija mía: no es un amor de convencimiento, cimentado por el trato y por el aprecio de tus nobles cualidades: no es un amor que se apoya en la simpatía del alma y de la inteligencia. Carlos tiene poco talento, y por lo tanto, hija mía, no puede apreciar el tuyo que, en este ocasión solemne, y por la vez primera de mi vida, puedo decirte que no es muy común: tu alma es apasionada y tierna; la suya ambiciosa, fría y calculista: tu imaginación poética, y su temperamento material

y grosero: y no es esto, hija mía, lo que más me aterra: es peor á mi modo de ver que tu esposo sea biznieto de Jacobo II de Inglaterra, y que se le apellide *El Pretendiente!*

—Padre mío—repuso Luisa con firmeza—yo creía que lo que os había decidido principalmente á dar mi mano al príncipe Carlos, era precisamente su cuna real: ¿acaso no soy yo hija del príncipe Stolberg? ¿Tanto favor me hace?

—No, hija mía—repuso el anciano ahogando un suspiro:—tu cuna no cede en nada á la suya: yo he adelantado quizá mis recelos más de lo que debía: lo que más cuidado debe inspirarnos es el carácter del príncipe.

—¡Oh, no temáis por eso! ¡Yo le cambiaré! ¡Me quiere tanto!

—¡Santas y sublimes ilusiones del amor!—murmuró el príncipe con tristeza:—¡por qué os habéis de trocar tan pronto en descarnadas realidades!

Luisa no le oía: estaba ocupada en escuchar, con el corazón palpitante, el paso aun lejano de un caballo.

—¡Ahí está Carlos!—gritó, precipitándose hacia la puertecilla del parque, en tanto que su padre se dejaba caer en el banco que ella había ocupado poco antes.

Era el príncipe Carlos Estuardo, prometido de la hija del príncipe Stolberg.

Su figura era muy hermosa: alto y bien forma-

do, sus facciones recordaban los puros rasgos de la fisonomía de la reina Ana Estuardo, su ascendiente: tendría la misma edad que Luisa, y sus ojos azules y sus cabellos rubios y ensortijados daban á su semblante un aire seductor de dulzura y juventud.

No obstante, examinándolo con algún detenimiento, se conocía que el frío egoísmo había hecho su presa de aquella alma de veinte años.

Llevaba un traje de terciopelo violeta, ricamente bordado: los encajes de su cuello y de sus mangas valían una fortuna: resplandecía el puño de su espada, cuajado de pedrería, á los rayos del sol naciente, y sus cabellos, que caían en largos bucles, á pesar de estar empolvados, según la moda de aquel tiempo, ostentaban su seductor matiz.

—Buenos días, señor—dijo con un frío respeto, dirigiéndose al anciano, que no había dejado su banco de piedra.

—Buenos días, príncipe—respondió el de Stolberg con la misma frialdad.

Los jóvenes se internaron, para pasearse, en una calle de tilos, y no bien estuvieron á alguna distancia, dijo Carlos con marcada acritud:

—La conducta de tu padre es incalificable, Luisa.

La joven guardó un triste silencio.

—Yo que soy un príncipe real—prosiguió el orgulloso Estuardo—le hablo con el sombrero en

la mano; y él, que es un príncipe tributario, me recibe sentado y cubierto.

Luégo, como viese que Luisa no respondía nada, añadió mirándola con una especie de cólera:

— ¡ Ah, si no fueras tan hermosa!

— Olvidad mi belleza si no podéis amar y respetar á mi padre, como yo quiero, príncipe—dijo Luisa con firmeza;— aun estáis á tiempo.

— ¿ Renunciar á til! — exclamó Carlos, rodeando con su brazo el flexible talle de Luisa, como si temiese que viniesen á arrancársela.

Luégo añadió entre dientes:

— ¡ Antes renunciaría á mis derechos á la corona de Inglaterra!

Luisa se desembarazó dulcemente de la presión del príncipe, cambió de conversación y entrambos continuaron su paseo.

III.

A las ocho de aquella noche se celebró en la capilla del palacio de Stolberg el matrimonio de Carlos Estuardo y de Luisa.

El desposado había firmado su contrato nupcial algunos días antes con su apellido regio, pero añadiendo el título de conde de Albany, que le había

concedido el Parlamentó de Inglaterra, y que usó siempre desde el día de su casamiento.

El gran duque de Toscana, Pedro Leopoldo, fué padrino de este enlace, y, en su nombre, el marqués de Rívoli, que fué exprofeso á Stolberg, enviado por su señor para representarle en la ceremonia y para acompañar después á los ilustres desposados á Toscana, donde tenían preparada una espléndida residencia.

Toda la nobleza del distrito, de casi toda la Bélgica, y mucha parte de la de Inglaterra—aquella que era adicta á la dinastía de los Estuardos—presenció el casamiento. Luisa estaba radiante de belleza y de alegría, y en la frente del desposado se veía brillar también el orgullo satisfecho; mas la del príncipe de Stolberg estaba cargada de oscuras nubes, y cuando Luisa pronunció el *sí* que la separaba de él para siempre, lanzó un ahogado sollozo.

Acabada la ceremonia, los concurrentes pasaron á los salones donde estaba dispuesto un suntuoso banquete, terminado el cual se fué Luisa á su habitación, trocó su traje de raso blanco por otro de camino, y subió á un coche de viaje con su esposo.

Seguíanla en otros el marqués de Rívoli con su secretario, su servidumbre y la de Luisa, que no había querido separarse de su aya, y dos jóvenes, damas de honor suyas desde que contaba una edad muy tierna.

El camino fué silencioso: Luisa lloraba acor-
dándose de su buen padre y apenas respondía á las
apasionadas palabras del príncipe, que no pasaban
de vulgares protestas.

Cuando rayó el día se hizo más intensa la afic-
ción de la joven condesa: cada pradera, cada colina
que el rápido rodar de su carruaje dejaba detrás,
le decían que se alejaba de su hermosa Bélgica,
tan poética, tan bella, tan querida, y su pena se
tornaba cada instante más amarga.

Cansado el príncipe de consolarla se durmió, y
Luisa, al oír su sonora respiración y al ver la poca
parte que tomaba en su pena, exclamó con voz aho-
gada por el llanto:

—¡Oh, padre mío! ¿por quién te dejo, y qué
amor me sostendrá en la escabrosa senda de la
vida?

En la frontera de Toscana hallaron al gran du-
que, que salió á recibirles, y los acompañó al pa-
lacio que les tenían destinado en las cercanías de
Florencia.

El gran duque cenó con el conde de Albany y
su esposa, cuya belleza pareció hacerle una fuerte
impresión: luego, llevando aparte á aquél,

—¿Necesitáis algo, conde?—le preguntó con la
mayor cordialidad.

—Nada, duque—respondió con frialdad Carlos,
recalcando la palabra *duque*.

Irguióse soberbiamente Pedro Leopoldo y cubrió

su cabeza, que hasta entonces había tenido descu-
bierta por atención á la condesa.

—¡Soy un príncipe reinante!—dijo con ma-
jestad.

—¡Soy un Estuardo!—contestó con insolencia
Carlos, poniéndose también su sombrero.

—Conquistad un trono y os trataré como á rey—
repuso Pedro Leopoldo volviéndole la espalda.

Acercándose después á Luisa, que se recostaba
tristemente en su sillón, volvió á quitarse el som-
brero y le preguntó:

—¿Puedo hacer algo por vos, señora?

—Gracias, príncipe—contestó la condesa, que se
levantó, sin perder por eso nada de su dignidad;—
muchas gracias: las cortes de la casa de Borbón
nos han señalado rentas sobrado crecidas para
nuestra condición.

Carlos lanzó á su mujer una mirada de despre-
cio, y el duque, sin mirar al orgulloso pretendien-
te, salió diciendo en voz muy baja:

—¡Es un ángel!

IV.

Cinco años han pasado.

Era una noche de invierno de 1777, y en un
salón de un hermoso palacio de Florencia se ha-

llaba el conde de Albany sentado junto á una joven de fisonomía, más que bonita, espiritual y simpática.

—Señor—decía ella, procurando desasir su mano de entre las del conde;—¡señor, dejadme! Jamás, no, jamás podré resolverme á hacer traición á vuestra esposa, á cuyo servicio estoy desde la edad de doce años, y que tantas pruebas me ha dado de afecto y de bondad.

—¡Bah! ¡bah! palabrería, mi querida Leopoldina, pura palabrería!—contestó el conde, cuyo semblante estaba abotargado y cubierto de granos; fruto de su estado casi continuo de embriaguez desde hacía tres años.

—Os repito, señor, que no quiero escucharos.

—¿Prefieres hablar y que yo te escuche?

—¿Y qué queréis que os diga?

—La vida que ha llevado la condesa durante los dos meses que yo he pasado cazando.

—¡Oh, de buena gana os la diré!—contestó Leopoldina, en cuyos hermosos ojos negros brilló la alegre esperanza de verse libre á poca costa de las persecuciones del conde.

—Habla, pues.

—La señora condesa se ha levantado temprano como siempre; ha empleado en su tocador la hora y media que tiene de costumbre, pues ya sabéis que nunca descuida su persona, como si agradeciese á Dios el haberla dotado de tan admirable belleza.

—¿Y qué más?—preguntó impaciente el conde.

—Luégo ha dedicado las primeras horas de la mañana hasta la del almuerzo á la música y á la pintura; después de almorzar ha escrito su larga y diaria carta á su ilustre padre.

—¡Todavía le dura esa abominable costumbre!—murmuró con ira el conde; luégo añadió dirigiéndose á Leopoldina:

—Prosigue.

—Acabada la carta, ha salido á paseo en carruaje ó á caballo con sus escuderos, y con Amelia ó conmigo, según á la que tocaba, pues seguimos un turno riguroso.

—¿Y quién la acompañaba en el paseo?

—Algunas veces S. A. el gran duque.

—¡Magnífico!—exclamó el conde frotándose las manos con una malvada alegría;—¿y venía á buscar aquí á la condesa?

—No, señor; sólo paseaban juntos cuando se hallaban en el paseo.

—¿Quién más acompañaba á la condesa cuando no encontrabais, *por acaso*, se entiende, al gran duque?

—Nadie, respondió la camarista con mal segura voz.

—¡Mientes! gritó Carlos con furia.

—¡Señor!

—¡Di la verdad!

—Señor, la acompañaba alguna vez también el

conde Victor Alfieri, ese noble italiano tan melancólico y adusto, y que, según dicen, es tan gran poeta.

—Adelante.

—Después del paseo, la señora condesa se vestía para comer; y luego volvía á vestirse para recibir á los nobles extranjeros que cada día le presentaban, y que eran casi los mismos que hoy frecuentan el palacio.

—¿No venía también el conde Alfieri?

—Como ahora; todos los días.

—¿Salía cuando todos?

—No; antes que nadie.

—¿Por qué no querías decirme que el conde Alfieri acompañaba en sus paseos á la condesa?

—¡Oh, señor! ¡Dicen que sois tan celoso!

—¡Pobre Leopoldina! Sólo es uno celoso cuando ama; así, guárdate de tener ningún amante; ó, si lo tienes, ocúltamelo.

—Pero, señor, ya sabéis que estoy prometida al vizconde Gualtero, y que le amo.

—¡Pues le mataré!

—¡Bah! ¿Por qué? dijo la pobre niña, cuyos labios pálidos se esforzaban en formar una sonrisa.

—Porque te amo.

—¿Y mi señora?

—¡La odio! ¡Y quiero, á fuerza de malos tratamientos, obligarla á pedir el divorcio!

—¡Oh, Dios mío! ¡A ella, tan buena, tan noble,

tan hermosa! ¿Y qué lograréis con el divorcio?

—Así que lo consiga, trataré de hacer anular nuestro matrimonio bajo el pretexto de que la esterilidad de Luisa dará lugar á extinguir la raza de los Estuardos.

—¡Pero eso no es verdad! ¡La condesa ha dado á luz dos niños muertos, efecto de los disgustos que la hacéis sufrir!

—¿Qué me importa? Yo necesito enlazarme con una princesa de una casa soberana, que me ayude á colocarme en el trono de Inglaterra.

—¿Y qué queréis hacer entonces de mí?

—¡La reina de mi corazón! contestó el cínico esposo tratando de abrazar á la joven camarista.

Mas ésta, ágil como una ardilla, se le escapó de entre las manos, y corrió á encerrarse en su cuarto, donde derramó un torrente de lágrimas, menos por sí que por su infortunada señora.

V.

El conde de Albany hirió el suelo con su pie, lleno de cólera, al ver desaparecer el último pliegue del flotante traje de la dama de honor; luego empezó á pasearse por la habitación con aire preocupado.

Ya no era el hermoso joven que hemos conoci-